

Cómo luchar contra un dictador

¿Qué estás dispuesto a sacrificar por tu futuro?

Maria Ressa

Traducción de Juanjo Estrella

PENÍNSULA

PRIMERA PARTE

REGRESO AL PAÍS

Poder, prensa y Filipinas
(1963-2004)

I

La regla de oro

Escoge aprender



Foto escolar, St. Scholastica's
College, tercer curso, 1973.

No sabes quién eres hasta que te ves obligada a luchar por quién eres.

Así pues, ¿cómo decides por qué luchar? A veces no lo decides tú. Te ves metida en la lucha porque la suma de todas tus decisiones te lleva hasta ese punto.

Si tienes suerte, te das cuenta pronto de que cada decisión

que tomas es la respuesta a la pregunta a la que todos nos enfrentamos: cómo dar sentido a nuestra vida.

El sentido no es algo con lo que uno se tropieza ni algo que alguien nos entrega. Lo construimos a través de todas y cada una de las decisiones que tomamos, de los compromisos por los que optamos, de las personas a las que amamos y de los valores que son importantes para nosotros.

Yo veo mi vida en segmentos de diez años. Cuando tenía diez años, mi vida cambió de manera drástica: el decenio siguiente fue todo descubrimiento y exploración. A partir de los veinte todo fueron decisiones: qué hacer al terminar la universidad, dónde vivir, para quién trabajar, a quién amar y cómo. Los treinta tuvieron que ver con desarrollar mi experiencia profesional en lo que sería mi vocación: el periodismo, y la búsqueda de la justicia implícita en su misión. El trabajo duro era un tema constante, lo único que sabía que era capaz de controlar.

Entonces llegaron los cuarenta, mi fase «máster del universo» y mi fecha límite autoimpuesta para escoger finalmente un hogar, lo que me llevó a comprometerme con Filipinas. Más recientemente, los cincuenta han sido los años de la reinención y el activismo, de la defensa de las opiniones que más profundamente sostengo. Supongo que mi última década podría definirse como de «significación»: de significarme contra las matanzas y los descarados abusos de poder, de significarme contra el lado oscuro de la tecnología, de significarme y hacerme dueña de mis opiniones políticas y de mi sexualidad.

Nací en una casa de madera el 2 de octubre de 1963 en Pasay, a las afueras de Manila, en Filipinas, el extenso archipiélago de lenguas y culturas dispares unido por la Iglesia católica. El país había sido una sociedad feudal dominada por oligarcas a quienes, durante los siglos de dominio colonial español, habían otorgado sus tierras. Al término de la guerra hispano-estadounidense, en 1898, España cedió las Filipinas

a Estados Unidos por el Tratado de París. Los filipinos afirman que la guerra filipino-estadounidense empezó un año después, una larga nota a pie de página en los libros de historia americana que se conoce como «la insurrección».¹

Era una época de «destino manifiesto» en Estados Unidos. Rudyard Kipling escribió originalmente su célebre poema imperialista «La carga del hombre blanco» para el jubileo de la reina Victoria, pero de hecho lo publicó más tarde para alentar a los estadounidenses a gobernar Filipinas en 1899. Así lo hicieron hasta 1935, año en que Filipinas pasó a considerarse un territorio autónomo. Su Constitución, aprobada por el presidente estadounidense Franklin D. Roosevelt, era una copia casi idéntica de la carta magna norteamericana.

En 1964, mi padre, Manuel Phil Aycardo, falleció a los veinte años en un accidente de tráfico cuando yo tenía solo uno de vida y mi madre, Hermelina, estaba embarazada de mi hermana, Mary Jane.

Mi madre nos alejó de la familia de mi padre, y mi hermana y yo vivíamos en una casa a medio construir con ella y con mi bisabuela, que apestaba a alcohol pero que se ocupaba de nosotras. Éramos tan pobres que nos cepillábamos los dientes con sal y vivíamos con la preocupación permanente de conseguir algo de comer al día siguiente. Nuestro mayor capricho nos lo dábamos cuando mamá, con su uniforme amarillo del Departamento de Trabajo que la contrataba, llegaba a casa el día que cobraba su salario con un cubo de Kentucky Fried Chicken.

Cuando tenía cinco años resurgió una disputa familiar y mi madre se trasladó a Estados Unidos para reunirse con su familia, que se había trasladado hacía poco tiempo a Nueva York; tenía veinticinco años cuando aterrizó en San Francisco, su puerto de entrada, el 28 de abril de 1969.

Mi hermana y yo nos fuimos a vivir con los padres de mi padre a Times Street, en Ciudad Quezón, perteneciente a la

conurbación conocida como la Gran Manila. Era un barrio tranquilo, modesto, de clase media, en que las casas se construían algo alejadas de la calle.

Mi abuela paterna, Rosario Sunico, era una mujer de profundas creencias religiosas y contribuyó a forjar mis valores. Me contaba historias de mi padre: había sido un joven inteligente, buen pianista, perteneciente a una familia de músicos. Ella me enseñó a trabajar duro en la escuela y me inculcó la mentalidad de la gratificación postergada: las monedas que ahorra de mi paga las metía en una botella que veíamos llenarse. También intentaba dar forma a mis recuerdos; me decía que mi madre no era buena y que se había ido a Estados Unidos para ser prostituta.

Aquella era una información difícil de digerir para una hija, sobre todo durante las visitas periódicas de mi madre. Al menos una vez al año, se quedaba en casa con nosotras y la ponía patas arriba. A pesar de ser tan niña, percibía la tensión entre mi abuela y ella, una aparente competencia que a menudo me obligaba a escoger bando, algo a lo que me negaba.

Parpadean en mi mente algunos recuerdos en blanco y negro de aquellas visitas: yo sentada en la cama con mi madre y mi hermana cuando tenía unos siete u ocho años. Mi madre era una mujer excesiva: menuda, preciosa, de risa desbordante. Una vez, ella estaba hablando con mi hermana y yo recordé una palabra nueva que había aprendido y quise alardear un poco. Esperé el momento oportuno y me metí en la conversación.

«Asombroso», grité. Se hizo un momento de silencio, y entonces mi madre se echó a reír a carcajadas. Y me abrazó.

Iba a un colegio llamado St. Scholastica College, un centro católico solo para niñas. Fundado y dirigido por monjas misioneras benedictinas, la escuela me colocó en un curso piloto de estudios acelerados: mis compañeras y yo habíamos obtenido buenos resultados en el examen de acceso y se nos consideraba «más listas» que a las demás niñas. Al menos eso

era lo que comentábamos entre risas otra de las alumnas, Twink Macaraig, y yo.

Todo aquello acabó el día en que mi madre nos sacó del colegio a mi hermana y a mí y nos secuestró.

Parecía un día como otro cualquiera cuando llegué a clase. El sol se colaba por las ventanas. Dejé la cartera escolar en el suelo y levanté la tapa del pupitre de madera. Y entonces oí una voz que me llamaba por mi nombre. «¡Mary Ann!»

Solo mi familia me llamaba así, por la contracción de mis dos nombres, Maria Angelita. Asombrada, me volví y vi a mi madre con la directora del centro, la hermana Gracia, a la entrada del aula. Se acercaron a mi mesa y me ayudaron a guardarlo todo en la cartera. Mientras abandonábamos la clase, me volví y me fijé en que mis amigas no nos quitaban la vista de encima.

A continuación nos dirigimos al aula de mi hermana. Ella estaba esperando fuera, junto a la hermana de mi madre, Mencie Millonado, y otra monja que daba clase. Al ver a nuestra madre, Mary Jane se acercó corriendo a ella y la abrazó. En ese momento ya estábamos solas en el pasillo. Las dos lloraban. Entonces oí que mi madre susurraba que iba a llevarnos a Estados Unidos.

Recuerdo haber recorrido la escuela con la mirada, consciente de manera instintiva de que ya nunca nada volvería a ser igual. En momentos como ese buscamos anclas. La mía era el libro que había sacado de la biblioteca de la escuela y que debía devolver al día siguiente.

Cuando nos acercábamos a la verja, me detuve en medio del patio, señalé la biblioteca y le pregunté a mi madre si podía ir a devolver el libro. Y ella me dijo: «Ya lo devolveremos otro día».

Había un coche aparcado junto a la acera y nos subimos a él. Apenas nos habíamos sentado, mi madre nos presentó al hombre que iba al volante.

—Mary Ann, Mary Jane —dijo—. Este es vuestro nuevo padre.

Todo puede cambiar en un instante.

Ya nunca más volví a la casa de mis abuelos ni a mi escuela. Un día formaban parte de mi mundo. Al día siguiente ya no. La puerta de ese universo se cerró para siempre y se abrió otra a una nueva realidad. Yo tenía diez años.

En menos de dos semanas estábamos en Alaska, donde nuestro vuelo de Northwest Airlines había hecho escala para repostar. Era el 5 de diciembre de 1973. Miraba por la ventanilla y me decía a mí misma que recordara esa fecha. Era la primera vez que Mary Jane y yo veíamos la nieve.

Cuando aterrizamos en el aeropuerto John F. Kennedy de Nueva York era de noche y hacía mucho frío, un frío que no había sentido hasta ese momento. Mi padrastro recogió nuestras maletas. Yo aún no sabía cómo llamarlo, aunque mi madre nos pedía que lo llamáramos «papá» y mi tía Mencie sugería «papá Ressa». Cuando aún estábamos en Manila, un desconocido quiso hacerse una fotografía con él. «Creen que es Elvis Presley», susurró mamá.

Al llegar al estacionamiento del aeropuerto nos subimos a un Volkswagen escarabajo azul oscuro. Mi hermana y yo experimentamos por primera vez el calor de la calefacción de un coche mientras nos desplazábamos en dirección sur más o menos durante una hora y media. Tras un viaje que se había iniciado en la otra punta del mundo veinticuatro horas antes, llegamos a nuestro destino, una casa en una zona residencial de Toms River, Nueva Jersey. Descargamos el equipaje. Yo dejé una huella perfecta sobre la fina capa de nieve de la acera. Y entonces sí, mi hermana y yo entramos en nuestro nuevo hogar. Mi nuevo padre y mamá nos explicarían más tarde que él había solicitado formal-

mente nuestra adopción, y que por eso nuestro nuevo apellido era Ressa.

Había dejado atrás un país agitado. Poco más de un año antes, el 21 de septiembre de 1972, el presidente Ferdinand Marcos había decretado la ley marcial y había cerrado el mayor canal de televisión, la ABS-CBN, que siempre había sido uno de los centros neurálgicos del poder mediático. El Gobierno personalista de Marcos marcaría una nueva era en Filipinas, un país hasta ese momento conformado en gran medida por Estados Unidos. «La conquista territorial empezó y terminó en Filipinas —escribió mi amigo Stanley Karnow en su obra épica *In Our Image: America's Empire in the Philippines*—: Los estadounidenses no se molestaron en establecer una administración eficaz ni imparcial... por lo que los filipinos recurrieron a los políticos, y no a los burócratas, en busca de ayuda, práctica que auguraba el caciquismo y la corrupción.»²

El caciquismo de origen feudal y la corrupción endémica no llegarían a desaparecer nunca en Filipinas. Marcos, elegido por primera vez en 1965 en pleno periodo de graves problemas económicos, se convirtió en el primer y único presidente reelegido en dos ocasiones. Centró su campaña en la identidad y en la independencia de Estados Unidos.

Después de que Marcos decretara la ley marcial, el Congreso ratificó la Constitución de 1973, aún redactada a imagen y semejanza de la estadounidense, pero con algunas enmiendas pensadas para garantizar que Marcos se mantuviera en el poder. Esta, posteriormente, fue ratificada por el Tribunal Supremo, lo que permitió a Marcos consolidar y mantener «legalmente» el poder durante los siguientes catorce años, años que yo pasaría en mi nueva realidad en América.

Nuestra familia creía en Estados Unidos de América. Trabaja duro, pagas impuestos y obtienes lo que mereces. El mun-

do es justo: eso era lo que implícitamente ofrecía el contrato social. Mis padres vivieron la erosión de ese contrato durante varias décadas. Yo sé bien lo que esto causa en la gente, conozco el aumento de la incertidumbre y el miedo, sé hasta qué punto los que trabajan duro y siguen las reglas se sienten estafados cuando se rompen las promesas. Si se suman las redes sociales y las campañas de desinformación, esas mismas personas son blancos susceptibles: se creen las mentiras.



Peter Ressa con Hermelina Delfin frente a la Estatua de la Libertad cuando salían juntos, 1971.

Peter Ames Ressa había nacido en la ciudad de Nueva York, segunda generación de italo-estadounidenses. Dejó la escuela cuando tenía dieciséis años para ayudar económicamente a su familia, y posteriormente empezó a trabajar introduciendo datos en el banco de inversión Brown Brothers Harriman & Co., donde con gran esfuerzo fue escalando peldaños. Cuando dejó la empresa ya era jefe de informática de

ordenadores centrales, y se fue a trabajar a IBM. Le movía el trabajo duro, así como su talento sobrenatural para recordar los más mínimos detalles.

Mi madre y él se habían conocido, literalmente, al tropezar la una con el otro en las calles de Nueva York. Después de dos años de novios, Peter y Hermelina se casaron en 1972, y un año después nació mi hermana Michelle. Apenas una semana después, mis padres le pidieron a mi tía Anni que cuidara de la recién nacida y se subieron a un avión rumbo a Manila para ir a buscarnos a Mary Jane y a mí. Para mi madre, ese fue un viaje difícil y victorioso a partes iguales.

Peter y Hermelina formaban una pareja llamativa, algo de lo que todos sus hijos éramos conscientes, algo así como tener un foco siempre apuntando a nuestros padres. En esos años, yo veía Estados Unidos a través de la lente de aquellas dos figuras glamurosas y muy trabajadoras que salían de casa dos horas antes del amanecer, que tardaban dos horas en llegar a sus puestos de trabajo en Nueva York, que llegaban a casa cuando ya era de noche y que se pasaban el día trabajando.

A partir de cierto momento, para ahorrar dinero, mi madre empezó a confeccionarnos la ropa, hasta que se dio cuenta de que el tiempo que dedicaba no compensaba el dinero que se ahorrraba. Cuando nació mi hermano, Peter Ames Jr., y después la más pequeña, Nicole, yo ya me ocupaba de las compras al volver del colegio, y era la que empujaba el carro en Grand Union, Sears y otros almacenes económicos todos los meses de agosto. Ya sabía escoger la ropa y los zapatos a mejor precio.

En aquella época, la empresa le pagaba los estudios a mi padre, lo que le permitió terminar la formación secundaria. Y cuando yo iba al instituto, él asistía a clases nocturnas en la universidad. Solo años después me di cuenta de lo mucho que se habían sacrificado mis padres para que sus hijos dispusieran

de más oportunidades. Ellos querían que tuviéramos una buena vida y fuéramos a buenos colegios, y lo consiguieron.

Cuando entré en el aula de tercero de la Escuela de Primaria de Silver Bay, un edificio de grandes dimensiones, medía un metro veintiocho y era la niña más baja de la clase y la única de piel morena. Aunque entendía y hablaba inglés, mi lengua materna en casa era el tagalo o filipino. Me maravilló constatar la expansiva confianza en sí mismos que mostraban mis compañeros de clase, y me escandalizó la mala educación con la que trataban a nuestra maestra.

Me alegré al descubrir que en el colegio, igual que en el de Saint Scholastica en Filipinas, usaban el laboratorio de lectura SRA, uno de los primeros programas de aprendizaje personalizados de lectura, escritura y comprensión lectora que permitía que los alumnos avanzaran a su propio ritmo. Me gustaba competir contra mí misma y mis compañeros de clase, y había avanzado bastante en Saint Scholastica. Cuando me acerqué al fondo de mi nueva clase para recoger mi tarjeta SRA de comprensión lectora, con la que se registraban nuestros avances, uno de los alumnos más altos y más estridentes anunció a los demás que iban a abrir especialmente para mí una caja con una sección totalmente nueva, una sección que todavía no usaba ningún otro compañero. En ese momento, todos supieron que iba adelantada.

Pero yo soy una persona tímida e introvertida por naturaleza. La transición hacia la vida estadounidense me resultó tan impactante que mis profesores me recuerdan que dejé de hablar prácticamente un año. Yo creo que mi silencio era una forma de aprendizaje, una prolongación de aquella mentalidad del «habla cuando te hablen» de mi educación y mi formación en Filipinas. Pero absorbía como una esponja ese nuevo mundo.

De alguna manera, la escuela Silver Bay entendía el origen de mi silencio y me ayudó a adaptarme. Una maestra, la señorita Rarick, me daba clases gratuitas de piano todas las semanas, algo que me sirvió para integrarme. Mi abuela siempre me repetía que mi padre tocaba el piano, que su familia era mecenas de las artes³ y que mi tío era concertista de piano.⁴ De alguna manera, asumimos los sueños que flotan en el aire, a nuestro alrededor.

Tocar el piano era algo que me vinculaba al pasado y me proporcionaba sensación de libertad: no me hacía falta hablar ni aprender otra lengua. Lo único que tenía que hacer era practicar hasta poder tocar y crear música. Entendí enseguida que para poder tocar realmente bien tenías que pasar muchas horas practicando, si querías que al interpretar se notara el trabajo. Cuando el mundo me abrumaba demasiado, canalizaba mi energía practicando piano horas y horas.

Pero, cómo no, también quería ser como todas las demás. Me plantaba delante del espejo e intentaba pronunciar correctamente las palabras inglesas, y deseaba tener la piel más clara y ser rubia. Cuando no sabes quién eres y tu mundo se pone patas arriba, lo que no quieres es destacar.

Del año en que nos trasladamos a Estados Unidos he conservado tres lecciones, que regresan una y otra vez a mi vida por más que cambien los contextos. En todas las ocasiones, esas lecciones cobran un nuevo sentido.

La primera siempre ha sido optar por aprender. Ello implicaba abrazar los cambios y armarme de valor para fracasar; el éxito y el fracaso son dos caras de la misma moneda. Es imposible tener éxito si en un determinado momento no hemos fallado. Me daba cuenta de que la mayoría de la gente, en cambio, optaba por la comodidad, por permanecer en lo que le resultaba conocido: viejos amigos, rutinas, hábitos.

Al trasladarme a Estados Unidos puse a prueba quién era. ¿Qué me llevo? ¿Qué dejo atrás? ¿Quién soy? Incluso mi

nombre cambió: cuando salí de mi clase de Manila me llamaba Angelita Aycardo, y ahora era Maria Ressa. Me había mudado a un mundo completamente nuevo, con una nueva lengua, nuevas costumbres, nuevos signos culturales que todos entendían menos yo. Me resultaba tan abrumador que ese primer año, en un determinado momento, no quería salir de casa.

Así que me concentré en las cosas que podía medir: mis avances en el Laboratorio de Lectura SRA; lo rápido que terminaba los ejercicios de piano Hanon. Aprendí muchas cosas de los libros, entre ellas, incluso, cómo se jugaba al baloncesto. Los fines de semana sacaba un libro a la pista, lo dejaba abierto en el suelo y seguía paso por paso los movimientos para driblar o para encestar un tiro libre. Hacía realidad todo lo que aprendía. Lo único que tenía que hacer era practicar.

Pocos meses después de llegar, la señorita Ugland,⁵ una maestra a la que yo idolatraba, me preguntó si quería cambiarme a otra clase: el colegio quería adelantarme un curso. Yo apenas empezaba a sentirme cómoda y aquel cambio potencial me asustaba. Pero entonces me dijo: «Maria, no tengas miedo. Esfuérzate siempre por aprender. En mi clase ya no puedo enseñarte nada más».

Así pues, a mitad de curso, pasé de tercero a cuarto y tuve que empezar de cero una vez más. Y allí aprendí mi segunda lección: a aceptar mi miedo.

¿El desencadenante? Yo no sabía qué era una «fiesta de pijamas». En Manila no las había, o al menos no las llamábamos así. Pero Sharon Rokozny, la niña más popular de tercero, me invitó a la suya, y cuando le pregunté a mi madre qué era, me respondió: «Es una fiesta a la que vas con pijama». Tenía lógica. Yo todavía no acababa de creerme que Sharon me hubiera invitado.

El día señalado me puse el pijama y me subí al coche con mis padres. Al llegar a la entrada de la casa, vi que mis com-

pañeras de clase estaban jugando al *kickball* en el césped. Ninguna llevaba pijama.

Presa del pánico, me volví hacia mi madre que, cabizbaja, admitió que ella tampoco sabía qué significaba exactamente una «fiesta de pijamas». Para entonces mis compañeras ya habían visto el coche; no podíamos irnos. Nos detuvimos y, antes de abrir la puerta, miré a mis padres. Y me bajé. Mis compañeras dejaron de jugar y me miraron.

No sabía qué hacer. Entonces Sharon se acercó al coche.

—Ah, llevas pijama —me dijo.

—Creía que tenía que traerlo —dije en voz muy baja, a punto de llorar. Había tenido que armarme de todo el valor para bajarme del coche, y ya no me quedaba nada.

Pero entonces Sharon me cogió de la mano, agarró mi bolsa y me condujo hasta la casa.

—Puedes entrar y cambiarte —me dijo mientras yo me secaba los ojos y me despedía de mis padres. Por suerte llevaba una muda.

Cuando asumes un riesgo, debes confiar en que alguien vendrá en tu ayuda; y cuando te toque a ti, ayudarás a otros. Es mejor enfrentarse al miedo que huir de él, porque huyendo el problema no desaparece. Cuando te enfrentas a él, tienes alguna posibilidad de vencerlo. Fue así como yo empecé a definir la valentía.

Mi tercera lección tenía que ver con plantar cara a los abusones, algo que estaba relacionado con muchas cosas: con el miedo, con la aceptación, con unirse a un grupo, con ser popular. Como a mí todo me resultaba ajeno, no tenía más remedio que quedarme callada, observar y aprender. Como ya era distinta a las demás, sentía menos necesidad de adaptarme y podía permitirme el lujo de observar y entender al grupo sin ni siquiera formar parte de él.

Ese año tenía una compañera de clase a la que llamaré Debbie, una niña discreta y corriente a la que ridiculizaban

por llevar pantalones de poliéster. Todos se reían de ella, aunque yo no terminaba de entender por qué. Estaba claro que no me convenía admitirlo ni preguntar nada... ¿Y si por culpa de eso empezaban a burlarse de mí?

Actualmente recurro a una frase para describir esa situación: el silencio es complicidad.

Yo tocaba el violín y Debbie la viola, y un día, al terminar nuestro ensayo, vi que ella estaba llorando en un rincón de la sala de conciertos. Instintivamente quise alejarme, porque si me acercaba y le preguntaba qué le ocurría, quizá los demás se fijarían y me convertirían en blanco de sus burlas a mí también. Nadie hablaba con Debbie si no era para meterse con ella. Pero entonces me acordé de la regla de oro de la Biblia: «Todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos».

Tomé una decisión. Salí de la sala de ensayos, entré en el baño que había al otro lado del pasillo, cogí un pañuelo, se lo llevé a Debbie y le pregunté qué le ocurría. Ella me contó que su padre llevaba meses en el hospital.

Empezar a hablar con ella me dio el valor para seguir hablando con ella. Un día la invité a dormir a casa. Resultó que llevaba pantalones de poliéster porque su familia tenía problemas para llegar a final de mes y aquellos pantalones eran más baratos.

Y a partir de ahí empecé a dar la cara por Debbie. En una ocasión, cuando el que más *bullying* le hacía se estaba metiendo con ella en la orquesta, le pedí que parara. Y justo cuando creía que empezaría a meterse conmigo, algunos de mis amigos salieron en mi ayuda. Basta con una persona que plante cara y presente batalla, porque a los abusones no les gusta que los desafíen en público.

Esa fue una lección precoz que me enseñó a luchar contra crueldad de la mentalidad de rebaño. Y aprendí otra cosa so-

bre la popularidad: a la gente le caes bien si le das lo que quiere. La cuestión es: ¿qué es lo que quieres tú?

En la escuela pública de Toms River recibía clases gratuitas de música, de programación informática, y clases de nivel avanzado que nos permitían competir en mejores condiciones para llegar a las mejores universidades; un futuro que prometía que uno puede alcanzar lo que sea si se esfuerza lo bastante. Al terminar secundaria había sido tres años delegada de mi clase y me escogieron como «la alumna con más posibilidades de triunfar».

Como mis padres estaban siempre trabajando, pasaba mucho tiempo con mis maestros. El que me ayudó a ser quien soy fue Donald Spaulding, director del Programa String de las Escuelas de Toms River, un hombre corpulento pero ágil, con barba y siempre sonriente. El señor Spaulding no solo era mi profesor de violín y el director de la orquesta, sino que me ayudó a aprender a tocar hasta ocho instrumentos. Nos formaba a mí y a otros como yo: niños que buscábamos nuestro lugar en el mundo. A mí venía a buscarme desde la otra punta de la ciudad para que pudiera participar en conciertos de verdad. Tocábamos en almuerzos dominicales, en el Ground Round, con el suelo lleno de cáscaras de cacahuete, en nuestro centro comercial de Condado de Ocean y en el parque de atracciones de Six Flags Great Adventure.⁶

Siempre me alentaba a ser mejor persona y mejor música. Ninguna de mis ideas le parecía nunca descabellada.

—Señor Spaulding, ¿y si tocamos «The Devil Went Down to Georgia»? —le preguntaba yo después de oír una melodía que deseaba aprender.

Él se paraba a pensarlo un momento, sacaba su violín y una partitura y empezaba a escribir las notas para que pudiera seguirlo.

—¿Por qué no? —era siempre su respuesta. Opta siempre por aprender.

Pero en la órbita de Don Spaulding siempre se aprendía otra lección. Que nadie consigue nunca nada destacado él solo. Eso fue lo que me enseñó la orquesta, y volvería aprenderlo en los equipos de baloncesto y softbol, en las producciones teatrales, en los cargos estudiantiles. Y aun así, lo buena jugadora que seas para el equipo depende de tus habilidades, de tu empuje, de tu resistencia.

Me encantaba vivir en el remolino de la música, una parte de mí escuchando y dejándome llevar, la otra contando los compases, contemplando los vaivenes de los arcos, y siempre en parte concentrada en el director, lista para seguir, y como concertino, preparada para liderar. La magia se obraba cuando todo el trabajo se fundía en una amalgama y vivíamos dentro de la música, interpretando las notas y creando música todos juntos. Llegar a ese punto exigía horas y horas de práctica.

Con el tiempo llegaría a pensar que una orquesta era una metáfora perfecta de una buena democracia: la música le daba a la gente nuestras notas, nuestros sistemas, pero cómo tocáramos, cómo sintiéramos y siguiéramos —y cómo lideráramos—, eso ya dependía de cada uno.

Seguí practicando deportes, en parte para evitar que me consideraran una empollona. Pero la verdad es que lo era, y mucho. Sobre todo, los libros eran los que me explicaban lo que la gente no podía explicarme, o los que respondían las preguntas que yo no era capaz de formular. Me encantaban las novelas románticas de Harlequin y las de ciencia ficción, que me ayudaban a imaginar mundos distintos, como los que creaba Isaac Asimov. Pero, sobre todas las cosas, era una Trekkie redomada.

Leía todos los libros de *Star Trek*, de James Blish, y en casa tenía un estante donde los coleccionaba. Aquellos libros

me ayudaban a entenderme a mí misma. A veces era el Capitán Kirk, el líder que hacía caso de sus emociones y de lo que le dictaba su instinto; en otras ocasiones era Spock, el vulcano lógico que deconstruía los problemas. Solo mucho después llegué a saber que el cerebro tiene dos caras, y la naturaleza humana también —pensar deprisa y pensar despacio, como lo expresaría después Daniel Kahneman. Aún hoy, cuando alguien me pregunta cuáles son mis héroes, apunto a una combinación del capitán Kirk y Spock, el análisis lógico racional atenuado por la empatía, el instinto y las emociones.

Algo que no entendí hasta más tarde fue que yo también sublimaba mis emociones negativas, como la ira. Nunca conseguía librarme de la sensación de que me encontraba fuera mirando hacia dentro, intentando entender lo que ocurría para poder encajar. Seguramente por eso, de alguna manera, en las actividades extraescolares escogía las que se relacionaban con Filipinas. Jugaba al baloncesto (el deporte más popular en mi país) y me apunté al equipo de ajedrez porque en algún lugar de mi recuerdo aquellas eran partes importantes de un pasado al que no podía volver y que aún no comprendía del todo.

Algunos de esos sentimientos salieron a la luz cuando llegó la hora de solicitar plaza en las universidades. Redacté mi escrito de presentación sobre lo mucho que lamentaba que numerosos logros míos, gran parte de lo que había conseguido, fueran reflejos de lo que otros —los maestros, mis padres— querían que fuera. Había sacado las mejores notas cuando tocaba, pero en todo momento sentía que tenía un demonio en el hombro que pedía que lo hiciera mejor, que hiciera más, que siguiera acumulando logros y elogios porque, si no lo hacía, significaba que ese no era mi sitio.

Solicité plaza en trece universidades, incluidas carreras de Medicina de seis años, academias militares y varias facultades en los centros más prestigiosos del país. Mis padres querían

que estudiara Medicina. A mí me parecía que necesitaba disciplina. Al final, no sabía realmente quién era, pero me parecía que necesitaba conseguir algo. Lo que fuera.

Me daba cuenta de que ese impulso nacía de la inseguridad. Aun así, era pragmática. Aunque no entendiera al demonio de mi hombro, sabía que, en todo caso, aprender, y aprender más allá de los libros de texto, no solo no me iría mal, sino que me ayudaría.

Suponía que si optas por aprender, no puedes equivocarte.